

“Fue en el Puente Negro donde “Felipe”—un hombre cuya historia está llena de aventuras criminales, encarcelamientos y un desempeño sobresaliente en la policía judicial—se inició desde adolescente en las actividades pendercieras”.

CRÓNICA



Los hombres belicosos del Río Bravo

59

HÉCTOR DOMÍNGUEZ RUVALCABA

M

ientras el cineasta Rafael Bonilla se deslizaba de un ángulo a otro con su cámara al hombro alrededor de una procesión guadalupana al cruzar el puente de Reynosa a McAllen, una guerra de pedradas e insultos incendiaba la zona de la orilla del río. El hombre que lo guiaba traía la piel amoratada alrededor del un ojo. Había recibido una golpiza. Brevemente le informó qué pasaba debajo del puente: por el lado mexicano, los valientes miembros de las pandillas de Reynosa se lanzaban a nado hacia la orilla norteamericana desde donde las pandillas de los barrios texanos les lanzaban piedras. Rafael Bonilla contenía el impulso de abandonar por un minuto su rodaje de la procesión guadalupana organizada por el Centro Tepeyac de Nueva York el año de 2004, para dar un vistazo camarográfico al río y poder registrar lo que el guía golpeado le había descrito. El desafío de los que se lanzaban al agua era poder nadar de tal manera que ninguno de los proyectiles lo alcanzara. Su objetivo era demostrar la agilidad para evadir pedradas. Al llegar al otro lado, el compromiso de los miembros de cada grupo en pugna era enfrentar una lucha cuerpo a cuerpo.

Es un lugar común de la prensa amarillista fronteriza referirse a los hallazgos de cadáveres que flotan en el río Bravo. Se trata de inmigrantes indocumentados que intentaron cruzar a nado y que se ahogaron por no tomar en cuenta las corrientes traicioneras del agua o por haber sido asesinados por individuos aún no identificados: tal es la información de prensa a la que hemos tenido acceso por varios años. Nunca han quedado claras las razones por las cuales no se investigan estos crímenes ni cómo los periodistas determinan que se trata de inmigrantes ilegales. En algunas ocasiones, como lo registra Charles Bowden en su libro *Juárez; the Laboratory of Our Future*, se trata de ejecuciones relacionadas con el narcotráfico: otro lugar común para explicar la muerte fronteriza. Lo cierto es que la vegetación riverense alberga grupos pandilleriles belicosos y criminales. Las referencias a esta especie de habitat del peligro nos han llegado por la vía del testimonio oral de los inmigrantes y de los propios vecinos de la frontera. Un salvadoreño que prefiere mantenerse anónimo dice haber identificado las zonas de mayor afluencia de estos grupos en el área fronteriza de Piedras Negras, Coahuila, e Eagle Pass, Texas. En su historia nos narra cómo ha sido golpeado por no tener dinero qué darles a los asaltantes, y cómo finalmente ha preferido atravesar el río por zonas deshabitadas, procurando lo más posible evadir la mirada de



cualquier ser humano. José Guatemala, un inmigrante de los Tuxtlas, narra cómo al pasar el río, una pandilla de El Paso atacó sin éxito a él y sus compañeros. La película *El norte* incluye una secuencia en la que un coyote ataca a los indígenas guatemaltecos que cruzan la línea en el área de Tijuana.

La formación de organizaciones violentas en la línea fronteriza va más allá del divertimento bélico que Rafael Bonilla deseaba filmar al atravesar el puente de Reynosa. No se trata siquiera de una expresión más de la pugna entre grupos raciales ni mucho menos entre nacionalidades, como podríamos encontrarlo en los corridos fronterizos más tradicionales. La práctica de la violencia se ha elevado a una forma de vida que se organiza con la lógica de la territorialidad: ganar el dominio de cierta zona estratégica contra otros grupos mediante la pelea constante. El sitio denominado Puente Negro, un acceso ferroviario entre Ciudad Juárez y El Paso, es desde hace décadas un punto de encuentro de toda suerte de sujetos marginales, entre los que abundan los niños de la calle que sobreviven con actividades de mendicancia, y están dispuestos a hacer lo que se les pida con tal de obtener algún dinero. Ahí se inició en la prostitución “Guadalupe” [por razones de protección de identidades usamos pseudónimos entre comillas], una mujer que dice haber llegado a este lugar desde que supo que su madre la consideraba un estorbo. Es en este mismo lugar donde se asientan los vendedores de estupefacientes al menudeo, bajo la

supervisión de los miembros de la banda que domina (rifa) en este lugar.

Fue en el Puente Negro donde “Felipe” –un hombre cuya historia está llena de aventuras criminales, encarcelamientos y un desempeño sobresaliente en la policía judicial– se inició desde adolescente en las actividades pendencieras. A ese lugar se iba de pinta cuando estaba en la escuela secundaria. Ahí debutó en el arte de la riña cuando tuvo que defender a uno de sus compañeros que había sido golpeado abusivamente. Muy pronto adquirió el prestigio de peleonero iracundo, porque era un enojo el que lo aturdía y lo hacía lanzarse sin piedad contra su rival. No pasó mucho tiempo para que llegaran a ofrecerle dinero por pelear con otras personas, de manera que se convirtió en un golpador a sueldo. “Felipe” cuenta que no había jerarquías en la banda, pero que él era el más temido de todos. La delincuencia de la orilla del río, conocida de todos, constatada en la reiteración de los cadáveres flotantes, ha sido, sin embargo, tolerada por las fuerzas del orden, o por lo menos ha persistido contra cualquier dispositivo que pudiera controlarla. ¿Será que, como en el caso de “Felipe”, son estos sitios clandestinos de la guerra de pandillas los que proveen de candidatos a nutrir las filas del crimen organizado y de los cuerpos policiales, esos personajes todopoderosos que siembran el terror dondequiera que se presenten?